

Volver a casa, Juan José Millás

Capítulo uno

Por la televisión emitían un programa relacionado con el ocultismo o con las sectas. En ese instante, aparecía en la pantalla una mujer joven, aunque consumida, que intentaba resumir el ideario de la secta satánica a la que pertenecía: «Nosotros —explicaba dirigiéndose al espectador con un gesto demoníaco que intentaba reproducir una sonrisa— defendemos la vileza, el egoísmo, la traición; intentamos que todos nuestros actos estén impregnados de mezquindad, de envidia. Somos cobardes y rastreros, adulamos a quien ostenta algún poder y humillamos al pobre. Profanamos los símbolos sagrados y ofrecemos sacrificios al diablo para que nos ilumine el camino de la perdición. Intentamos formar a nuestros seguidores desde que son jóvenes para quebrar con más facilidad la inclinación al bien. Estamos infiltrados en numerosos colegios y también en algunos ambientes universitarios donde realizamos programas dirigidos a destrozar la vida de los jóvenes, y para ello nos valemos de los medios más repugnantes que un ser humano es capaz de imaginar.»

Juan acababa de despertar de una siesta algo complicada en la que el volumen del televisor — demasiado alto— había dado lugar a un sueño lleno de voces, cargado de órdenes. Abrió los ojos, comprendió en seguida que se había dormido con el televisor encendido y le pareció inquietante despertar justo en el momento en que se llevaba a cabo aquella entrevista. En realidad, lo que más le inquietaba era la excitación sexual que se había traído del sueño y que la mujer de la secta satánica, desde el televisor, estaba consiguiendo aumentar con una voz que a Juan le resultaba seductora porque era la misma que unos instantes antes, en el interior del sueño, le había invitado a penetrar en un espacio acogedor, aunque informe, donde parecía que podría ocurrir algo importante para su existencia.

La escena sucedía en la habitación de un hotel antiguo que había sido recientemente restaurado sin perder en esta operación cosmética su carácter de túnel temporal. Por este túnel parecían deambular aún fantasmas de otra época que habían escapado a la acción renovadora del pico y la pala, del yeso y el cemento, refugiándose eficazmente en pliegues invisibles que descendían desde el alto techo hasta la moqueta; una vez allí, como una masa líquida cargada de pensamiento, los fantasmas alcanzaban los centros emisores del miedo, que en esta habitación parecían estar difusamente repartidos entre el armario y las cortinas.

Juan apagó el televisor con el mando a distancia y miró la hora en su reloj de pulsera, que ese día se había puesto en la muñeca derecha para acordarse de algo que finalmente había olvidado. Eran las seis y media de la tarde y hacía mucho calor, pues antes de acostarse había apagado el aire acondicionado por temor a resfriarse. Se incorporó lleno de presagios, poseído por una cobardía general, carente de rumbo, y entró en el cuarto de baño con la torpeza de un cadáver reciente, al que se le hubiera permitido regresar unos instantes para recoger algo esencial en la construcción de su muerte. Abrió el grifo de la bañera y, tras echar en ella una porción de jabón líquido, se sentó en el bidé y permaneció allí observando el crecimiento de la espuma. En realidad, no quería moverse para evitar un encuentro inoportuno con el espejo. Había olvidado meter en la maleta un pijama y estaba desnudo, si exceptuamos el reloj, que certificaba un olvido, y una cadena de oro, de la que no colgaba nada y que venía rodeando su cuello desde los tiempos remotos de la juventud. Sabía, pues, en qué consistiría su reflejo: en un rostro ambiguo y rígido, como el de una careta, cuyos ojos descenderían de inmediato hacia el pecho y la cintura, es decir, hacia aquellas zonas de su geografía corporal donde los años — cuarenta y cinco ya— habían trabajado con mayor esmero un deterioro que, aunque parecía

previsto, no dejaba de resultar desolador. En realidad, no estaba gordo, pero la falta de ejercicio y su afición al alcohol, aunque moderada, habían borrado hacía algún tiempo la cintura, sustituyéndola por un espacio informe, ligeramente abultado en la zona delantera. Juan pensaba siempre que si consiguiera disciplinarse un poco en la comida y el alcohol, además de realizar algún ejercicio, conseguiría sin mucho esfuerzo recobrar las formas de su juventud. Pero se trataba de un proyecto sin fecha porque carecía tal vez del estímulo que todo proyecto corporal requiere para su puesta en marcha.

Cuando consideró que el nivel del agua era suficiente, cerró el grifo, se desprendió del reloj, que colocó en el lavabo, y se introdujo en la bañera. Al principio sintió algún placer, pero la excitación sexual que se había traído del sueño pareció recobrar toda su potencia en el interior de la masa líquida, de forma que la inquietud que le había conducido al cuarto de baño, lejos de desaparecer, comenzó a focalizar su actividad en la periferia de las ingles. Lamentó no haber cogido el periódico o la novela que reposaba en la mesilla de noche y comprendió, como si una inteligencia ajena a la suya se lo estuviera revelando, que el viaje que había emprendido esa mañana —y que hasta el momento le había conducido a aquel hotel de una ciudad llamada Madrid— estaba impregnado de un raro carácter sexual. Instintivamente, miró hacia la puerta del cuarto de baño, en cuya parte superior había una percha de metal de la que no colgaba nada, pero él imaginó una prenda femenina leve y sutil, como la espuma que le cubría, y sintió una nostalgia enorme, la nostalgia de un cuerpo, cualquiera, en quien depositar con cierta violencia la desesperación atenuada que comenzaba a invadirle, pero también el miedo y la cobardía que desde que despertara se habían instalado en el interior de aquel lugar donde de joven había tenido una cintura. La cobardía y el miedo, lejos de disminuir su inquietud sexual, parecían trenzarse a ella, formando un todo sin salida o sin otra salida que la de un cuerpo al que abrazarse para perecer en él.

Salió de la bañera, se secó sin mirar el espejo, y se puso un albornoz blanco que tenía bordado el nombre del hotel a la altura del pecho. Después se colocó el reloj en la muñeca derecha y se dirigió a la habitación. Empezó a sentir calor, de manera que decidió poner el aire acondicionado; después se sentó a la mesa y abrió un cajón donde había sobres y papel de carta con el membrete del hotel. Decidió que escribiría a su mujer y se puso a ello:

Querida Julia: Aquí estoy, desde las doce aproximadamente, esperando una llamada telefónica. He comido en el hotel y luego me he acostado para reposar un poco, pero me he quedado dormido más tiempo del deseable y ahora me encuentro torpe y un poco arrepentido por este viaje que quizá hubiera debido evitar. No sé. Lo primero que he hecho al llegar al hotel ha sido telefonar a la mujer de mi hermano, a Laura, para decirle que ya estoy en Madrid y también para ver si nos podemos ver cuanto antes al objeto de liquidar este asunto lo más rápido que sea posible. No estaba y he dejado un mensaje en el contestador; ahora, como digo, estoy esperando que me devuelva la llamada.

Creo que aquí hace más calor que en Barcelona porque he tenido que poner el aire acondicionado a pesar de que odio estos sistemas de refrigeración artificiales. Ya empiezo a sentir un poco de frío en la espalda, de manera que lo voy a apagar, no vaya a resfriarme. La última vez que cogí un catarro en el mes de junio me duró todo un verano.

Bien, ya lo he apagado y estoy de nuevo frente a ti, preguntándome por qué te escribo en lugar de llamarte por teléfono. No lo sé; desde hace algún tiempo percibo el teléfono como un enemigo, de manera que me acerco a él con cierta reserva y con el estómago plagado de sensaciones que se resumen en la palabra miedo. Podrá parecerme exagerado, sobre todo porque no hay ninguna causa aparente que lo justifique, pero lo cierto es que cada vez que suena temo que sea la llamada definitiva, la que me anuncie una catástrofe que, sin estar prevista, llevo años esperando. Manías. O tal vez no, tal vez esa llamada se produjo el día en que me telefoneó Laura, mi cuñada, para decir que mi hermano había desaparecido y solicitar mi ayuda. No estoy preocupado por mi hermano; sé que está en alguna parte y que no se encuentra mal. Recuerda que soy su gemelo y que entre los gemelos existe un vínculo misterioso a través del cual, si a José le hubiera sucedido algo, yo me habría enterado de algún modo.

Estoy preocupado por mí, porque este viaje supone regresar a un pasado del que me había desprendido y por el que me niego a dejarme atrapar de nuevo. Cuando he telefoneado a Laura y el contestador automático ha escupido la voz de mi hermano, que es igual que la mía, he sentido un nudo en el estómago porque nuestra historia está llena de cosas que nunca te he contado y de las que creía haberme desprendido cuando decidí abandonar esta ciudad e instalarme definitivamente en Barcelona, donde te conocí a ti, Julia, y donde pensé que sería posible vivir siendo uno.

No quiero inquietarte; nunca te he hablado de estas cosas y no sé por qué hoy necesito escribir esta carta que tal vez no llegue a enviarte. Quizá porque la habitación del hotel, con los fantasmas de los miles de seres que la habrán habitado —provisionalmente recluidos en el armario—, me ha puesto algo sombrío. También, quizá, porque al asomarme a la ventana y ver Madrid he sentido nostalgia de un pasado que odio, pero que explica al menos los datos más externos de mi historia. Como verás, estoy lleno de sensaciones incompatibles...

En este punto de la carta sonó el teléfono y Juan se sobresaltó como si hubiera oído un disparo. Decidió dejarlo sonar tres veces, pero cuando se cumplió ese plazo lo dejó sonar aún dos veces más para ver hasta dónde llegaba la ansiedad de Laura, puesto que la suya había sido ya medida cien veces a lo largo de aquellas horas de espera, de aquellas horas de pasión.

Capítulo dos

Antes de descolgar el teléfono se había sentado en el borde de la cama y había encendido un cigarro con la actitud del que carga una pistola antes de franquear la entrada de un posible enemigo. Estaba sudando, pero calculó que si se desprendía del albornoz se le enfriaría el sudor en la superficie de la piel y no podría taparse de nuevo hasta que la conversación hubiera terminado. Entre tanto, el teléfono había sonado ya seis veces y, a pesar de que se trataba de un sonido neutro, Juan había creído percibir en los últimos timbrazos un toque de ansiedad, de angustia, que quizá se trataba de una aportación suya, pero que podía provenir también del otro lado, donde por unos segundos imaginó a Laura mordiéndose el interior de la comisura de los labios ante la perspectiva de no encontrar respuesta.

—Diga —dijo al fin tras descolgar el auricular.

—Hola, soy Laura —se escuchó al otro lado—. ¿Ya estás aquí?

—Llegué esta mañana —respondió Juan observando lo lejos que quedaba la pequeña nevera situada bajo el televisor y lamentando no haberse preparado un whisky—. Te dejé un mensaje en el contestador. Por cierto, que podrías borrar la voz de mi hermano del artefacto ese y colocar la tuya; es más agradable.

Se oyó lo que parecían ser los efectos secundarios de una sonrisa algo forzada y luego una justificación:

—Bueno, José grabó ese mensaje en el aparato el día que lo trajeron y desde entonces no lo hemos cambiado.

—¿Cómo estás? —preguntó Juan en un tono que intentaba resultar algo íntimo, moderadamente afectuoso, pero que no encontró la colaboración de la garganta o de las cuerdas vocales.

—Bien... Puedes imaginarte... Hace ya dos semanas que no sé nada de él. No sé, estoy inquieta.

Juan advirtió que la conversación, inevitablemente, estaba condenada a tomar un rumbo práctico y eso le liberó de algún peso instalado en la superficie de la conciencia.

—¿Cuándo nos vemos? —preguntó en tono resolutivo.

—Ahora son las ocho —respondió Laura.

Juan miró instintivamente su reloj, colocado en la muñeca derecha, y recordó fugazmente por qué se lo había puesto ahí, pero en ese mismo instante supo que lo volvería a olvidar, porque se trataba de algo que había perdido vigencia en las últimas horas, a lo largo del breve viaje en avión y de la corta estancia en aquella habitación del hotel con la que ya había empezado a familiarizarse.

Como Laura no añadiera nada, Juan afirmó:

—Son las ocho, sí.

—Bien —añadió Laura—, tengo que hacer un par de cosas. ¿Por qué no vienes a casa sobre las diez y media y te invito a cenar?

—De acuerdo —dijo—, a las diez y media llamaré a tu puerta.

Con la última frase había intentado resultar seductor, pero la garganta o las cuerdas vocales se habían negado de nuevo a colaborar y tuvo la impresión de haber quedado algo ridículo, como un notario que intenta resultar gracioso mientras levanta acta de un hecho desgraciado.

La distancia entre las ocho y las diez y media le pareció excesiva. ¿Cómo ocupar un espacio de tiempo dominado por la ansiedad, formado por unidades de pasión, construido por el escenario de un pasado que, cuando comenzaba a resultar remoto, volvía a actualizarse con la fuerza de una enfermedad que se consideraba vencida? Calculó que para estar en casa de Laura —en casa de su hermano— a las diez y media debería salir del hotel a eso de las diez. Podría dar una vuelta, pero no le apetecía enfrentarse a Madrid antes de ver a Laura. Sabía lo que iba a hacer para matar el tiempo porque ya lo había hecho en otros hoteles de su vida, pero encendió el televisor, al que suprimió el sonido, y se preparó un whisky como si todavía no lo supiera, demorando la decisión como se demora algo que se quiere hacer y se pretende evitar al mismo tiempo y con idéntica pasión.

Finalmente, cogió el periódico de la mesilla y buscó en la página de contactos el teléfono de un anuncio que había subrayado durante la comida en el que se ofrecía a la sed de los hombres una variada gama de jóvenes estudiantes —no prostitutas— dispuestas a hacer más llevadera la estancia del viajero en los hoteles. Preguntó si podría pagar con tarjeta de crédito y pidió que le enviaran a una chica poco habladora y, a ser posible, poco espectacular también, que pareciera de verdad una estudiante. Tras hacer la llamada, sintió que la excitación sexual había cedido dejando paso a una especie de tristeza que asoció a la tristeza del masturbador después de que se ha producido la descarga y la realidad regresa áspera, con su falta de tono habitual, con la incomunicabilidad que le es propia cuando uno la observa desde el interior de unas sábanas que por unos instantes han ejercido la función de mortaja.

Se sentó a la mesa, vio la carta que había empezado a escribir a su mujer y el territorio de la tristeza creció un poco a expensas de la culpa. Releyó lo que había escrito y decidió darle fin con un párrafo eficaz que durara lo mismo que habría de durar la espera de la joven estudiante,

a la que imaginó de camino hacia el hotel por las calles de aquella ciudad que, a semejanza de su propio ser, estaban llenas de deseos no satisfechos, de impulsos no llevados a término, de corazones rotos por el amor o por la plusvalía. Cogió el bolígrafo y escribió:

He interrumpido la carta para atender el teléfono. Era Laura. Hemos quedado en vernos dentro de un rato. Imagino que podré tranquilizarla y orientarla quizá, bien para encontrar el modo de localizar a mi hermano, bien para que deje de preocuparse por él. Creo que José aparecerá en el momento más inesperado y como si regresara de tomar un café en el bar de la esquina. Los escritores son así; necesitan desaparecer de vez en cuando para acumular alguna experiencia con la que entretener luego a sus lectores. Los escritores son muy carroñeros; se alimentan de lo que desechamos el resto de los individuos y a esa habilidad la llaman percepción. Sólo que de vez en cuando necesitan cambiar de ambiente para probar el sabor de otras carroñas, porque si no tienen cierta variedad la percepción se les agota y dejan de escribir y se mueren porque no reconocen otro modo de vanidad que el de ser leídos.

En fin, Julia, espero liquidar este asunto en cuatro días y regresar a Barcelona como si nada hubiera pasado. Entre tanto, procura divertirte, aprovecha mi ausencia, cuida el negocio y no me echés de menos, que no valgo la pena. Voy a enviar esta carta ahora mismo, pero, con un poco de suerte, llegaré yo antes que ella y la romperé antes de que la leas, porque creo que tiene un tono que tú no te mereces y en general resulta un poco siniestra. Un beso.

Guardó la carta en el interior de un sobre, lo cerró y lo metió en el cajón.

Se fue al cuarto de baño. Estaba sudando, todo su cuerpo estaba sudado desde hacía un buen rato bajo el peso del albornoz. Calculó que no le daría tiempo a darse una ducha antes de que llegara la joven estudiante, de manera que se limitó a ponerse un poco de colonia en las zonas estratégicas y a peinarse frente al espejo, rehuyendo la visión de su propia mirada. Sonó el teléfono y le comunicaron que una joven preguntaba por él. Dijo que la dejaran subir.

Resultó ser muy joven, aunque le habría sido difícil determinar si tenía dieciocho o veinticinco, pues desde la edad de Juan —cuarenta y cinco— la juventud parecía un territorio sin fronteras internas, en el que sólo era perceptible su comienzo y su fin.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó.

—Veintidós —contestó la chica.

Tuvo la tentación de preguntarle cómo se llamaba, pero le pareció que carecía de interés. Las prostitutas, pensó, tienen la identidad que el cliente desea, como todos por otra parte, todos tenemos a alguien que nos impone una identidad indeseable que resulta más intensa cuanto más fugaz.

La chica llevaba una falda breve, amarilla, y una camiseta blanca muy ceñida, además de una melena corta y un bolso desmesurado en el que se advertía el peso de la máquina para las tarjetas de crédito. En general, no se ajustaba a la fantasía de Juan, nunca se ajustan, pensó con cierto arrepentimiento. Ella se desnudó y se metió en la cama con una sonrisa equívoca, dispuesta a evolucionar hacia la seriedad o hacia la risa en función del deseo de Juan. Éste se quitó el albornoz y se colocó junto a ella. La excitación sexual había regresado, pero parecía carecer de objeto, de depositario. En cualquier caso, aquella chica no era el recipiente adecuado para aquella pasión. Juan calculó que si hubiera tenido hijos podría ser el padre de aquella joven y, aunque reconoció lo tópico de este pensamiento, no pudo reprimir un impulso de plejidad, de culpa. Ella dijo:

—Lleva cuidado, me han operado de apéndice hace poco.

Y le enseñó la herida.

Juan miró el reloj; eran las nueve. Dijo:

—No te preocupes, sólo quiero que estés aquí conmigo media hora. No tienes que hacer nada, sólo estar aquí, a mi lado, mientras fumo y contemplo el techo.

Encendió un cigarro y se puso a fumar y a contemplar el techo. Pensó de nuevo en los hijos, en esa ausencia voluntaria que cuanto más mayor era más le dolía, y tuvo ganas de llorar, pero ¿quién lloraría, en el caso de que se decidiera a hacerlo?, ¿él?, ¿su hermano? Su hermano gemelo tampoco había querido tener hijos. Dos voluntades semejantes, idénticas, como sus rostros, como sus cuerpos, deambulaban por el mundo buscándose, huyéndose, queriendo ser dos, pero condenados a ser uno.

A las nueve y media la chica le despertó. «Te has quedado dormido.» «Sí», dijo él. Se levantó, pagó, la despidió y antes de vestirse fue a mirarse en el espejo para ver quién era, para conjeturar a quién vería Laura, dentro de un rato, cuando le abriera la puerta de su casa.